

EL ROSARIO, SEGUNDO ALUMBRAMIENTO DE MARÍA

POR EL PADRE ANTONIO VIEIRA¹

I

El título de que más se gloria y de que más se debe gloriarse la Virgen María, Señora nuestra, es el que le da la Iglesia de Madre admirable: *Mater admirabilis*. Así lo reveló ya la misma Señora. Y si examinamos profundamente los fundamentos de este gloriosísimo título, ¿qué mayor admiración, una vez, que ser una mujer Madre y Virgen? ¿Qué mayor admiración, otra vez, que ser Hijo de esta mujer el mismo Hijo de Dios? ¿Y qué mayor admiración, una y mil veces más, que el mismo Hijo, que eternamente es concebido y engendrado en la mente del Padre, sea también concebido temporalmente y engendrado en el vientre de la Madre? Esto es lo que quiere decir *beatus venter qui te portavit*². ¿Y quiere decir alguna cosa más? Sí, quiere decirlo, pero no puede. Describiendo San Juan Evangelista la generación eterna del Hijo de Dios, es reparo digno de suma observación que al Hijo tres veces lo llamó Verbo, y nunca lo llamó Hijo, y al Padre tres veces le llamó Dios, y nunca lo llamó Padre. Contad bien unas y otras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum*³. Pues, si el Verbo es Hijo de Dios Padre, y el Padre es Padre del Verbo, ¿por qué el Verbo no se llama Hijo? Y el Padre ¿por qué no se llama Padre? Aquí queda suspendida la admiración en el principio del Evangelio, pero al final se suspende más aún: *Verbum caro factum est*: el Verbo se hizo carne. —*Et vidimus gloriam ejus quasi*

¹ Antonio Vieira, S.J. (1608-1697) Misionero jesuita, diplomático y orador variado, hábil, argumentativo, originalísimo, pujante y sublime; acaso el mayor prosista portugués, y uno de los maestros mundiales de la oratoria sagrada. Altamente apreciado por Clemente X y su curia. Por duras pruebas golpeado pero no quebrantado murió a los noventa años. Escribió treinta sermones sobre el Rosario. Traducido del portugués al castellano presentamos aquí su Sermón XXI, sobre el pasaje evangélico «*Beatus venter qui te portavit*».

² Lc. 11,27.

³ En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios (Jn. 1,1 s).

Unigeniti a Patre: Y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito del Padre⁴. ¿Resulta entonces que ahora, después de humanarse el Verbo, es cuando Dios se llama Padre y el Verbo Hijo: *Unigeniti a Patre*? Así lo escribió y dispuso el evangelista que voló más alto. De suerte que, antes de ser el Verbo Hijo de María, ni el Verbo en el Evangelio se llama Hijo de Dios, ni Dios se llama Padre del Verbo; pero una vez que María fue su Madre, entonces el Hijo se llamó Hijo y el Padre se llamó Padre, como si la generación eterna y pasiva del Hijo esperara a la generación de la Madre para Él denominarse Hijo, o la generación eterna y activa del Padre esperara a la correlación de la Madre para Él denominarse Padre. Esto, empero, ni es ni puede ser. Ni hubo hasta hoy quien alcanzase el misterio ni hallase el fondo al modo tan exquisito de esta narración. El desvelo de los intérpretes, el estudio de los teólogos y la curiosa especulación de los más agudos y tenaces ingenios, todo se cansa, todo se seca, todo se suspende, y no saca de cuanto piensa o discurre en este reparo más que suma admiración. Pero se me hace que esta misma admiración, si no es todo el misterio, al menos es gran parte de él, para que así se conozca con asombro cuán altamente cuadra a la Maternidad de la Virgen María el gloriosísimo título de Madre admirable: admirable en sí, admirable en el Hijo, y — sobre todos los límites de la admiración— hasta en el mismo Padre admirable, pues, antes de la Madre de su Hijo ser Madre, no quiso Él que el evangelista lo llamase Padre. Y bien puede ser ésa la razón por la cual la oradora del Evangelio en su breve panegírico no dijo: “Bienaventurado el Padre de tal Hijo”, sino que todo el loor del Hijo lo refirió y aplicó a la Madre: “*Beatus venter qui te portavit*”.

Esto es lo que dice el Evangelio. Mas, con decir tanto, parece que no dice lo que yo tengo obligación de decir. Mi obligación hoy es predicar el Rosario, que fue el segundo parto de la Virgen, Señora nuestra. Y, comparando un parto con otro parto, ¿qué puedo yo decir? Si puedo decir algo, digo que si la Madre de Dios fue Madre admirable porque concibió el Verbo, no fue menos admirable porque concibió el Rosario. Esto lo digo si puedo decir tanto. Y si puedo decir más, digo que más

⁴ Lc. 11,27.

admirable fue la Señora en concebir el Rosario que en concebir el Verbo. Para examinar estas dos posibilidades, o estos dos imposibles, pidamos a la misma Señora del Rosario que nos alcance la gracia. *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

II

Dos cosas pueden parecer extrañas y cuando menos dudosas en el asunto que acabo de proponer: una como muy nueva, y otra como totalmente imposible. La primera y muy nueva, llamar al Rosario segundo parto de la Virgen, Señora nuestra. La segunda, y totalmente imposible, admitir o poner en cuestión que pueda haber otro parto más admirable que el del Verbo. Pero tenemos ambas suposiciones no solo fundadas, sino probadas en nuestro Evangelio.

Cuando la mujer que levantó la voz dijo: *Beatus venter qui te portavit*, canonizando por bienaventurada a la Madre que llevó en sus entrañas a Cristo, con quien hablaba, respondió el mismo Señor: *Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud*⁵: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. —¿Más bienaventurados, dice Cristo? ¿Y lo dice hablando de la Madre que lo concibió y llevó dentro en sus entrañas: *Beatus venter qui te portavit*? Sí. Luego, tomada la maternidad de la Virgen Santísima en el sentido preciso de que concibió en sus purísimas entrañas al Verbo Eterno como Madre natural, bien puede haber otra prerrogativa en la misma Señora que sea más excelente y mayor, y por eso más admirable. Así lo dicen comúnmente los Santos Padres y lo conciben y enseñan todos los teólogos sin discrepancia. De suerte que aquella suposición que parecía imposible, no solo resulta de las palabras de Cristo con evidencia teológica, sino que es dogma infalible con certeza de fe.

⁵ Lc. 11,28.

En cuanto a la otra suposición de llamar al Rosario segundo parto de la misma Virgen —que parecía difícil por la novedad o extrañeza del nombre— examinando los mismos teólogos la razón y fundamento de las palabras de Cristo: *Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei*, resuelven dos cosas: la primera, que en ellas no excluye el Señor a su Madre; la segunda, que antes bien le añadió otro segundo y mayor loor, otra segunda y mayor excelencia, otra segunda y mayor bienaventuranza. ¿Cuál? Que la Señora no solo concibió el Verbo Eterno en el vientre, como dijo la mujer del Evangelio, sino también en la mente; y concebir a Dios en la mente fue mucho mayor felicidad y mucho mayor bienaventuranza que concebirlo en el vientre: *Beatior fuit Maria concipiendo mente, quam ventre* —dice San Agustín, y con él toda la Teología. De manera que la Virgen María concibió y parió el Verbo por dos modos de concepción y de parto, no solo diversos, sino uno más excelente que otro: uno corporal, en el vientre, y otro intelectual, en la mente, y éste segundo fue el modo como la misma Señora primero concibió y después dio a luz con el parto del Rosario. Toda la materia del Rosario no es otra que el mismo Verbo Encarnado, y no en una sola acción o misterio, sino en todos los de su vida, muerte y resurrección. La idea con que la Virgen los concibió y comprendió todos y los ordenó y dispuso en la mente, fue la concepción; y la luz por tantos siglos escondida, con que finalmente los manifestó al mundo, para tanto bien del mismo mundo, fue el felicísimo parto del Rosario.

Quitados, pues, estos dos escrúpulos, y sosegado su reparo o asombro con las dos suposiciones ciertas y literales de nuestro mismo Evangelio, pasemos a la comparación de uno y otro parto, y veamos en cuál de entrambos fue la Señora más admirable Madre: en el parto con que concibió el Verbo, o en el parto con que concibió el Rosario.

III

Comenzando por la diferencia de San Agustín, o por la justa preferencia con que él antepone el parto de la mente al del vientre, es notorio e indudable que en esta consideración el parto del Rosario excede tanto al del Verbo, cuanto el alma excede al cuerpo. Y no solo

porque la concepción del Rosario fue intelectual en la mente de la Virgen y la del Verbo corporal en el vientre sacratísimo, sino también — ¿por qué más?— porque en la concepción y parto del Verbo la Señora fue semejante a las otras madres, y en la concepción y parto del Rosario fue semejante al Eterno Padre. Cuando el ángel dijo a la Virgen que concebiría en sus entrañas y pariría un hijo al cual llamaría Jesús: *Ecce concipies in utero, et paries Filium: et vocabis nomen ejus Jesum*⁶— fue en prueba y confirmación de lo que el mismo ángel acababa de decir: que la Señora sería bendita entre las mujeres: *Benedicta tu in mulieribus*⁷. Pero si tan singular e inaudita, tan infinitamente superior a la de todas las mujeres era esta bendición —que el Hijo había de ser Dios y la madre Virgen— ¿por qué no la encarece el ángel con los excesos de la alteza y maravilla que la materia merecía, y solamente dice que sería bendita entre las mujeres: *in mulieribus*? Porque aunque aquella concepción y aquel parto fue milagroso, y el mayor de todos los milagros, con todo, por cuanto fue parto del vientre, pues fue virginal: *Ecce concipies in utero* —por tanto la Señora quedó siempre dentro de la esfera de las otras mujeres y madres, lo cual se requería para que fuese madre natural y verdadera madre del Hijo de Dios. Y tal fue el modo como la Virgen fue madre en el misterio de la Encarnación del Verbo. Empero, en el Rosario y sus misterios, no fue madre como las otras mujeres son madres, sino madre como el Eterno Padre es padre, porque concibió al mismo Verbo encarnado, no en el vientre, sino en la mente. El modo como el Eterno Padre engendra al Verbo, y la razón por la cual el Verbo es Hijo y el Espíritu Santo no lo es, estriba en que el Padre concibe en la mente, como imagen de su propia sustancia. Y así como el Verbo, antes y después de encarnarse, siempre es parto del entendimiento del Padre, así, después de encarnado, concebido en el Rosario, es parto del entendimiento de la Madre. En la Encarnación como parto de las otras madres; en el Rosario como parto del mismo Padre.

⁶ Lc. 1,31.

⁷ Lc. 1,28.

De aquí se entenderá la razón y el consejo altísimo por el cual el mismo Padre antes de ordenar la Encarnación del Verbo la mandó anunciar a la Virgen con tan solemne embajada. Así como Dios formó a Eva del lado de Adán, sin consentimiento ni aún sentimiento suyo, porque estaba durmiendo, del mismo modo pudiera sacar de las purísimas entrañas de la Virgen María la nueva tela de la humanidad de que quería vestir a su hijo sin hacer agravio, como supremo Señor, a la misma madre, quien al dar esta tela se confesó esclava. Entonces, ¿por qué no lo ordenó así Dios, mas quiso que primero fuese la Virgen informada, no solo de la sustancia de la Encarnación del Verbo, sino de todas las circunstancias de la misma, y que la misma Señora, antes de dar su consentimiento, las examinase e inquiriese: *Quomodo fiet istud*⁸? La razón altísima fue porque quiso Dios que la Madre de su Hijo fuese semejante a su propio Padre y, así como la generación y parto del Verbo se concibe en la mente del Padre, así la madre, antes de concebirlo en el vientre, lo concibiese también en la mente. Es advertencia singular de San Bernardino sobre las palabras *Fiat mihi secundum verbum tuum* de la misma Virgen: *Quod in aure mea factum est per angelicam salutationem, et in mente mea per fidei conceptionem: fiat mihi, id est, in utero medio, per Divini Verbi incarnationem*⁹. De suerte que, antes de obrarse la Encarnación del Verbo en el sagrario Virginal del Vientre santísimo, ya la misma Madre, de modo semejante al Padre, lo tenía concebido todo en el interior de la mente: *In mente mea per fidei conceptionem*. Porque así como la Virgen, antes de la Encarnación del Verbo, concibió en la mente al mismo Verbo y había de encarnarlo y engendrarlo de su seno para parecerse al Padre, así, después de la Encarnación lo concibió también en la mente, ya encarnado, nacido, muerto y resucitado, para formar el Rosario.

¡Oh entendimiento altísimo! ¡Oh mente soberana de María! ¡Qué bien dijo de vuestras ideas con dorada elocuencia Crisólogo: *Quantus sit Deus, satis ignorat ille, qui hujus Virginis mentem nom stupet, animum*

⁸ ¿Cómo ha de ser eso? (Lc. 1, 34)?

⁹ San Bernardino In eum locum, Tom. 3. Serm. 6. art. 3, cap. 3.

*nom miratur*¹⁰! Quiere decir que quien no se admira y pasma del entendimiento y mente de María, no conoce bastante a Dios. Lo conocerá como Creador del mundo, único modo como era conocido antiguamente, mas no lo conoce como Padre del Verbo, del Hijo igual a sí mismo en todo, a quien en la mente concibe y en la mente engendra. Pero quien llegó a conocer y admirar la mente de María, ése conoció perfectamente a Dios, no solo como creador del mundo, sino como Padre del Verbo, porque así el Padre como la Madre conciben ambos en la mente al mismo Hijo.

Y pues hablamos de Dios como Creador y como Padre, dos partos reconoce la fe en Dios, uno *ad intra*, en cuanto Padre, que es el Verbo, y otro *ad extra*, en cuanto Creador, que es el mundo. Y la misma diferencia de partos, con verdadera propiedad, la podemos y debemos considerar en la Virgen Santísima. El parto *ad intra* fue el del Verbo encarnado, que concibió dentro de sus entrañas; y el parto *ad extra* fue el Rosario, con el cual, después de concebido en la mente, salió a su tiempo a la luz del mundo. Y si este segundo parto fue más admirable que el primero por ser concebido en la mente, también considero y no dudo en decir que fue más admirable que el segundo parto de Dios en la creación del Universo. ¿Y por qué? Porque en la creación del Universo Dios fue el artífice, la materia la nada, y la forma las criaturas, pero en la institución del Rosario el artífice fue la Virgen, la forma fue el Rosario, y la materia Dios. La materia, Dios, vuelvo a decir, porque Dios, humanado en todas sus acciones y misterios, es la materia de que se forma el Rosario. No se puede decir aquí: *Materiam superabat opus*, mas puédese afirmar del Rosario lo que San Jerónimo dijo de su soberana Autora: *Si formam Dei te appellem, digna existis*, porque Dios es la materia, y el Rosario la forma.

IV

La segunda razón o excelencia por la cual fue más admirable el parto del Rosario que el del Verbo, es porque en la Encarnación concibió la Virgen al Verbo en la tierra; en el Rosario lo concibió en el Cielo. El

¹⁰ San Pedro Crisólogo, *Sermón 140*.

parto del Verbo en la Encarnación fue parto de María llena de gracia; el parto del mismo Verbo en el Rosario fue parto de María llena de gloria. Mucho dice esta gran proposición, pero supone aún más de lo que dice. Supone que la Virgen, Señora nuestra, también en el Cielo engendra a su Hijo. Y esto —dirán los doctos y doctísimos— ¿cómo pudo ser? Primero diremos que pudo ser, y después declararemos cómo. San Ildefonso, hablando de la Encarnación, dijo una sentencia que todos los doctores admiran y confiesan que no entienden. Las palabras son estas: *In præterito munda Deo, in præsentī plena Homine et Deo, in futuro generans Hominem et Deum*¹¹. En el pasado, antes de la Encarnación, estaba María pura para Dios: *In præterito munda Deo*; en el presente de la Encarnación estuvo llena del Hombre y Dios: *In præsentī plena Homine et Deo*; y en el futuro, después de la Encarnación, está engendrando al mismo hombre y Dios: *In futuro generans Hominem et Deum*. Lo mismo había dicho ya San Atanasio, cuyas palabras luego citaré. ¿Pero cómo puede ser esto? Puede ser y es en la Madre, como siempre fue y es y será en el Padre. El Eterno Padre no solo engendró al Eterno Verbo, su Hijo, sino que siempre lo está engendrando. Así lo dice Él mismo: *Filius meus es tu: Ego hodie genui te*¹²: Tú eres mi Hijo, que yo hoy *ab æterno* he engendrado, y siempre y por toda la eternidad estaré engendrando. —Y esto que hace e hizo sin principio y hará sin fin la mente del Padre, es lo que también hizo después de la Encarnación y hace hoy, y hará por toda la eternidad la mente de la Madre: *In futuro generans Deum et Hominem*. Ahora entran en su lugar las palabras, también difíciles y no entendidas, del gran Atanasio, el cual sobre las del ángel: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*¹³, se extiende así: *Quam virtutem per omnia tempora conceptus eam habuisse confido, et post conceptum etiam retinuisse: nec enim id temporarium in Virgine accidisse opinor, sed per omnia tempora hoc illi datum fuisse, quemadmodum nunc in præsentia, et in æternum usque, habet hæc Virgo*¹⁴. No se pudiera hablar ni más clara, ni más ilustremente. Y como

¹¹ San Ildefonso, *de Virginitate*., cap. 10.

¹² Salmo 2, 7.

¹³ La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lc. 1,35).

¹⁴ San Atanasio, Sermón «*de Deipara*».

la mente de la Virgen Madre, con gloriosa emulación e imitación del Padre, después de concebido y encarnado el Verbo en la tierra lo está concibiendo y engendrando siempre en el Cielo, de esta continuada generación fue segundo y nuevo y más admirable parto el del Rosario, con el cual, después de estar en el Cielo tantos siglos, finalmente salió a la luz¹⁵.

Vamos ahora a la Escritura, que nos dirá cómo fue más admirable este segundo parto: *Signum magnum apparuit in cælo: Mulier amicta Sole*¹⁶. Dice San Juan en las revelaciones de su Apocalipsis que vio una gran señal y un gran prodigio en el Cielo, el cual era una mujer vestida de sol, con todo el restante aparato y ornato de luces que tantas veces oísteis. Prosigue diciendo que esta misma mujer, en el Cielo, con grandes dolores y clamores, había parido a un Hijo, dominador del mundo: *Et in utero habens, clamabat parturiens et cruciabatur ut pariat. Et peperit filium masculum, qui recturus erat omnes gentes*¹⁷. Esta mujer vestida de sol es la Virgen María; el Hijo dominador del mundo es Cristo: de esto nadie duda. Pero si la Señora concibió y parió este Hijo en la tierra, ¿cómo vio San Juan, tanto después, que lo había de parir, y en el Cielo? Porque estos son los dos partos de la Virgen Santísima, de que vamos hablando. Un parto en la tierra, por el cual fue concebido en Nazareth y nació en Belén, que es el parto del Verbo Encarnado, y otro parto en el Cielo, por el cual allá fue concebido y de allá nacido, que es parto del mismo Verbo, del cual y de sus misterios se compone el Rosario.

¿Pero cómo dice el mismo Evangelista que en este segundo parto hubo dolores y clamores, efectos ambos, o accidentes, tan ajenos a la Madre-Virgen como al Cielo donde estaba? Hubo dolores: *Cruciabatur ut pariat*; hubo clamores: *Clamabat parturiens*. Y notad que los dolores fueron antecedentes al parto: *Ut pariat*; y los clamores fueron

¹⁵ Adde Lacerdam Episcop. Almeriensem, qui secutus eosdem PP. et Ambros.: Postquam, inquit, Verbum genuit in carne Maria, non cessavit gignere mente, et quasi repetite cum fætum educere, acervumque effecit geminatis vicibus productionis, quod granam in utero generavit.

¹⁶ Apareció un gran prodigio en el Cielo, una mujer vestida de sol (Apc. 12,1).

¹⁷ Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto. [...] En esto tuvo un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones (Apc. 12, 2-5).

concomitantes al mismo: *parturiens*. ¿Qué dolores fueron, pues, estos, y qué clamores, en el segundo parto de la Virgen, Señora nuestra, en el Cielo? Todo, así como está notado o dificultado, es admirable prueba y confirmación de que dicho parto es su Rosario. Vayamos a la historia eclesiástica, y sepamos en cuál ocasión y de cuál modo salió la misma Señora con su Rosario al mundo. La ocasión fue la herejía de los albigenses, los cuales impía y blasfemamente negaban la pureza virginal de la Madre de Dios. Y de aquí nacieron los dolores, que, no obstante estar Ella en el Cielo, atormentaban a la Virgen: *Cruciabatur ut pariat* —así como se dice del mismo Dios en la ocasión del diluvio: *Tactus dolore cordis intrinsecus*¹⁸. Y para que nadie lo dude, no tenemos menor testimonio que uno venido del mismo Cielo. Cuando San Ildefonso defendió la pureza virginal de la misma Señora y convenció a los herejes que en su tiempo la negaban, descendió del Cielo Santa Leocadia y, saliendo de la sepultura, le dijo públicamente en la Sede de Toledo: *Ildefonse, per te vivit Domina mea, quæ cæli culmina tenet*: Ildefonso, por tí vive mi Señora, que tiene el más alto trono del Cielo. — De manera que tuvo tanta ocasión de dolor y le dolió tanto a la Soberana Virgen aquella blasfemia, como si los que le negaban la pureza virginal le quitaran la vida. Y estos fueron dolores que ocasionaron y apresuraron el parto, como dice el texto: *Cruciabatur ut pariat*. ¿Y los clamores cuáles fueron: *Clamabat parturiens*? Fueron las voces de los predicadores, dice Alcázar, que predicaron por el mundo el mismo parto: *Idonee referuntur clamores ad clamores prædicationis*. Y así fue, no solamente en ése sentido, sino en también en el nuestro, porque, enseñando y dictando la Señora su Rosario a San Domingo, él y los predicadores apostólicos de toda su religión lo publicaron y pregonaron por el mundo, confutando principalmente aquella herejía, y haciendo enmudecer las lenguas blasfemas de los que la seguían. En suma, los dolores, como disposición y motivo, precedieron al parto: *Cruciabatur ut pariat*; y las voces y clamores salieron y se oyeron juntamente con él: *Clamabat parturiens* —porque entonces nació y se manifestó en el mundo el Rosario.

¹⁸ Penetrado su corazón de un íntimo dolor (Gen. 6,6).

Finalmente, que este segundo parto de la Virgen María en el Cielo sea más admirable que el primero del Verbo Encarnado en la tierra, lo dice el mismo texto en la primera palabra: *Signum magnum apparuit in cælo*. Y si no, combinemos este texto con el más expreso de la Encarnación del Verbo. El texto más expreso de la Encarnación del Verbo es el del profeta Isaías: *Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel*¹⁹: Que una Virgen concebiría y pariría a un Hijo, el cual sería Dios. —¿Y con qué prefacio entra el más elocuente de todos los profetas a anunciar al mundo esta nunca vista ni imaginada novedad? *Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum: Ecce virgo concipiet: etc.*²⁰ Notad ahora la diferencia con que uno y otro profeta habla de uno y otro parto. Al primer parto de la Virgen en la tierra llámalo Isaías solamente *signum: Dabit Dominus ipse vobis signum*; al segundo parto de la misma Virgen en el Cielo llámalo San Juan *signum magnum apparuit in cælo*. *Signum* quiere decir señal, prodigio, grande, milagro grande. Entonces, ¿por qué razón el parto con que la Virgen concibió al Verbo en la Encarnación se llama solamente milagro, y el parto con que concibió el mismo Verbo en el Rosario se llama milagro grande: *signum magnum*? Porque más admirable fue este segundo parto de la Virgen que el primero. El parto de la Encarnación fue obrado en la tierra, el del Rosario en el Cielo; el parto de la Encarnación formado en nueve meses, el del Rosario en doce siglos; el de la Encarnación con catorce años de gracia, el del Rosario con mil doscientos años de gloria; el de la Encarnación sin merecimiento de Cristo, porque no la mereció ni podía merecer, el del Rosario con todos los merecimientos de su vida y muerte; en fin, en la Encarnación concebido el mismo Cristo parvulito, en el Rosario concebido hombre, y en todas las edades.

V

Y porque en esta última diferencia se encierran todos los misterios del Rosario, justo será que nos detengamos un poco en la ponderación de la misma, y sea esta la tercera excelencia que hace a este segundo parto

¹⁹ Is. 7,14.

²⁰ Por tanto el mismo Señor os dará la señal: Sabed que una virgen concebirá, etc. (Is. 7,14).

más admirable. Otra vez hemos encontrado a Isaías, no ya con San Juan, profeta de la ley de la gracia, sino con Jeremías, profeta también de la ley escrita. Isaías, acabando de hablar del parto del Verbo Encarnado, enseguida lo llama niño: *Antequam sciat puer reprobare malum et eligere bonum*²¹. Y, después de encarnado, hablando del mismo Verbo ya nacido, otra vez lo vuelve a llamar niño: *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis*²². Por el contrario, el profeta Jeremías de allí a muchos años, profetizando de la misma Madre y del mismo Hijo, dice: *Creavit Dominus novum super terram: Femina circumdabit virum*²³: que vendría un tiempo en que Dios crearía una cosa nueva sobre la tierra, y una mujer rodearía a un hombre. —Que este profeta hable de la misma Virgen María y del mismo Hijo Cristo —como decía— es sentencia común de los santos y doctores, con discrepancia de pocos. Ahora bien, si el parto fue el mismo que había profetizado Isaías, ¿qué novedad es esta, que Jeremías tanto encarece: *Novum creavit Dominus super terram*? Isaías profetizó trescientos años antes de Jeremías, y si la maravilla del parto era la misma, ya no era novedad, pues hacía tantos siglos que estaba escrita y celebrada. Cuanto más que esa misma maravilla, profetizada por Isaías, consistía en que la Madre fuese Virgen: *Ecce Virgo concipiet* —y Jeremías no usa el nombre de Virgen, sino de mujer: *femina*. Con lo que muestra que no consiste en este milagro la novedad que él profetiza. ¿En qué consiste, pues?

Consiste en que el parto profetizado por Isaías fue de Cristo en cuanto niño, y el profetizado por Jeremías fue del mismo Cristo en cuanto hombre: *Femina circumdabit virum*. La persona fue la misma, pero las edades diversas. Y por eso también diversos los partos, diversos los tiempos y diversas las novedades. La novedad y maravilla de Isaías consistía en que la Madre fuese Virgen, y no en que el parto fuese un niño, lo cual no es novedad. Empero, la novedad y maravilla de Jeremías consistió en que el parto sería un hombre, lo cual era cosa nueva e inaudita: *Novum creavit Dominus super terram: Femina circumdabit*

²¹ Antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno (Is. 7,16).

²² Un parvulito ha nacido para nosotros, y se nos ha dado un hijo (Is. 9,6).

²³ Jer. 31,22.

virum. Cristo en la misma Encarnación no tuvo edad ni día ni tiempo, porque fue concebido en un instante. Pero todos los días y años que después tuvo de vida, así mortal como inmortal y gloriosa, y todas las edades de esa vida, o vidas —infantil, pueril, adolescente, juvenil y de perfecto hombre, desde Nazareth hasta Jerusalén, desde el pesebre hasta la cruz, y desde la sepultura hasta la diestra del Padre— todas, y con todas sus acciones y misterios, las comprendió y reprodujo la Señora con más admirable parto en el círculo de su Rosario. Por eso Jeremías no dijo como Isaías: *concipiet*, sino *circumdabit*, y con tanto mayor sentido como energía: *Femina circumdabit virum*. Toda la vida de Cristo — como bien notó David— fue un perfectísimo círculo: *A summo caelo egressio ejus. Et occursus ejus usque ad summum ejus*²⁴; salió de lo más alto del Cielo, vivió en la bajeza de este mundo, y volvió al mismo lugar del Cielo de donde había salido. —El mismo profeta declara este círculo con la comparación del sol: *In sole posuit tabernaculum suum*²⁵. Así como el sol sale en el Oriente del Cielo, da vuelta al mundo alumbrando, y vuelve a aparecer en el mismo lugar del Oriente, así Cristo salió del Cielo por la Encarnación, vivió en la tierra obrando, enseñando, padeciendo, alumbrando, redimiendo, y después, por la Ascensión, volvió al mismo trono del Cielo de donde saliera, donde también coronó a su Madre. Y la misma Madre, ¿qué hizo? Así como el Hijo comenzando niño y llegando a la edad de hombre hizo un círculo de toda su vida, así la Señora hizo otro círculo, que fue el de su Rosario, en el cual comprendió toda esa vida y rodeó ese mismo círculo: *Girum caeli circuivi sola*²⁶, dice la misma Señora: Círculo de Cielo a Cielo. —Y de esta manera, metiendo un círculo dentro de otro círculo, y el círculo de la vida del Hijo dentro del círculo del Rosario, así verificó gloriosamente el nuevo y prodigioso parto de la mujer que había de rodear al hombre: *Femina circumdabit virum*.

Y puesto que esta exposición del texto de Jeremías es tan a medida de todas las circunstancias del mismo, combinemos, para mayor evidencia,

²⁴ Sale de una extremidad del Cielo, y corre hasta la otra extremidad del mismo (Sl. 18,7).

²⁵ Puso en el sol su tabernáculo (Sl. 18, 6).

²⁶ Eclo. 24,8.

el mismo texto con las palabras antecedentes, las cuales según la doctrina de San Agustín y de todos los teólogos son la prueba más segura y más cierta del sentido de las Escrituras. Cuando el profeta dijo: *Quia creavit Dominus novum super terram: Femina circumdabit virum*, las palabras inmediatamente antecedentes, que se atan con aquel *quia*, son éstas: *Usquequo deliciis disolveris, filia vaga*²⁷? ¿Hasta cuándo, oh naturaleza humana —llámala Dios hija, porque la creó y porque la ama, y porque la quiere traer a sí— ¿hasta cuándo, oh naturaleza humana, ha de durar tu disolución en las delicias? ¿Hasta cuándo has de seguir los errados caminos de la herejía? —Esto quiere decir *filia vaga*, como la hija viciosa, que deja la casa y doctrina del padre y anda perdida entre otras. Así lo declaró la misma hija, temerosa de lo que le podía acontecer, cuando dijo: *Indica mihi ubi pascas in meridie, ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum*²⁸. Pide al supremo y verdadero pastor que le muestre donde asiste con la luz clara de la fe, para que, vagando descaminada, no siga los rebaños de los pastores falsos que enseñan doctrina herética y con nombre de compañeros y cristianos son enemigos de Cristo. Esto es lo que significa: *Ne vagari incipiam post greges sodalium tuorum* —como declaran San Bernardo, San Anselmo, Casiodoro, y todos, y como ya mucho antes de ellos lo había enseñado San Pablo: *Ut non circumferamur omni vento doctrinae*²⁹. De suerte que en aquel nuevo invento con que Dios había de salir al mundo —*Novum creavit Dominus super terram*— no tuvo la Providencia divina un solo fin, sino dos juntamente. El primero, reformar la disolución de las delicias: *Usquequo deliciis disolveris*? El segundo, reducir a la verdad y firmeza de la fe los errores de la herejía, siempre errada y siempre errante: *Filia mea*. Y estos dos fines —¡cosa verdaderamente maravillosa!— estos dos fines, puntualmente los mismos, fueron los que Dios tuvo en la institución del Rosario de su Madre. Así lo refiere en la bula de la canonización de San Domingo el Papa Gregorio Nono, por las mismas palabras: *Dominico sagittante delicias carnis* —he aquí las

²⁷ ¿Hasta cuándo estás estragándote en medio de los deleites, oh hija perdida? (Jer. 31,22).

²⁸ Dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el medio día, para que no tenga yo que ir vagueando tras de los rebaños de tus compañeros (Cant. 1,6).

²⁹ Ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones (Ef. 4,14).

delicias— *et fulgurante mentes lapideas impiorum, omnis hæreticorum secta contremuit*— he aquí las herejías³⁰. Luego, no solo de todas las circunstancias del texto de Jeremías —que ninguna discrepa— sino de las mismas palabras antecedentes y de los fines por los cuales fue concebido en las ideas de Dios y de su Madre este nuevo parto y, finalmente, de los efectos maravillosos que produjo en el mundo, consta que se trata claramente del Rosario.

Añado, para mayor confirmación —como en materia tan grave y tan nueva— la versión de los Setenta Intérpretes, que pareciendo totalmente diversa declara con nuevas propiedades cuanto tenemos dicho sobre el mismo texto. El suyo es éste: *Creavit te Dominus salutem in plantationem novam, in salute tua circuibunt homines*. Quiere decir que para la salud del alma creará Dios una planta nueva, y que los hombres, para conseguir esa salud, han de hacer círculos. ¿Y qué planta nueva es esta que Dios había de crear, y qué círculos son estos que los hombres habían de hacer? Ni el nombre ni la forma del Rosario se pudiera pintar o describir mejor. La planta nueva es la de las rosas, que dieron el nombre al Rosario: *in plantationem novam*; y los círculos que habían de hacer los hombres son los círculos que hacen los que rezan el Rosario cuando van repasando las cuentas, volviendo, al acabar, a donde comenzaron: *in salute circuibunt homines*. El primer círculo lo hizo la Señora cuando formó y enseñó el Rosario: *Femina circumdabit virum*; los otros círculos los hacen los hombres, porque para la salud de sus almas fue instituido el mismo Rosario: *in salute circuibunt homines*. Y como en estos círculos se abraza y comprende no solo el misterio de la Encarnación del Verbo, sino todos los misterios de la vida y edades de Cristo, bien se ve cuánto más admirable fue la Madre del mismo Señor en este segundo y tan numeroso parto. En el primero concibió solamente al Verbo humanado: en el segundo lo concibió humanado en la Encarnación, peregrino en la visitación, nacido en el pesebre, presentado en el Templo, y en el mismo Templo perdido y hallado. En el segundo, otra vez lo concibió en el Huerto sudando sangre, en el Pretorio cubierto

³⁰ Combatiendo Domingo las delicias de la carne, e hiriendo como un rayo la mente insensible de los impíos, hizo estremecer toda la secta de los herejes.

de azotes y coronado de espinas, en las calles de Jerusalén con la cruz a los hombros, y en el Calvario crucificado y muerto. En el segundo, por tercera vez lo concibió en el sepulcro resucitado, en el Monte Olivete subiendo al Cielo, en el Cielo mandando de allá el Espíritu Santo, en el valle de Josafat llevando en triunfo a su Madre, y en el trono de la Gloria coronándola por Reina de los Ángeles. En fin, en la Encarnación, concebido una vez, y en el Rosario quince veces.

VI

Hasta ahora hemos visto el parto del Rosario más maravilloso en sí por tres respectos: ahora lo veremos más maravilloso fuera de sí por otros tres. Más maravilloso en sí, hasta ahora, por ser mental y no corpóreo, por ser en el Cielo y no en la tierra, por incluir no un solo misterio o edad de Cristo sino todos sus misterios y edades. Ahora lo veremos más maravilloso también fuera de sí. ¿De qué manera, entonces? Para con Dios, para con nosotros y para con nuestros enemigos. Para con Dios, por el mayor agrado; para con nosotros, por la mayor eficacia; para con nuestros enemigos, por el mayor poder.

En cuanto al mayor agrado de Dios, parece que por comprender el Rosario todos los misterios de Cristo, no por eso le pueden agradar más todos juntos que el de la Encarnación del Verbo por sí solo, porque donde el valor y precio es infinito, tanto encierra en sí un solo misterio como todos, y porque aunque en todos crezca el número, no crece la razón de agradar más. Con todo, digo que esta misma razón de estar juntos en el Rosario todos los misterios de Cristo, es una tal circunstancia, que aún donde no cabe más, potencia mucho. Y esta es la cuarta maravilla del segundo parto de la Virgen, que lo hace más admirable que el primero. Ved si se prueba bien.

Creó Dios esta grande y hermosa máquina del universo en seis días, y a cada obra que iba saliendo de sus poderosas manos, o de la voz de su divina sabiduría, dice la Escritura Sagrada que la miraba el Señor y veía que era buena: *Vidit Deus quod esset bonum*³¹. Con estas repetidas acciones y aprobaciones del Supremo Artífice fue creciendo la fábrica

³¹ Y vio Dios que lo hecho era bueno (Gen. 1,25).

cada día más vistosa, más ornada y más empavonada de variedad de criaturas, hasta que acabada ya y puesta en su perfección en el último día, dice el mismo texto que mirando Dios a todas las cosas que había hecho, todas le parecieron grandemente buenas: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona*³². En este *valde* reparó mucho San Agustín, y después de él todos. Y con mucha razón. Las cosas que Dios vio en el día último eran las mismas que había hecho y visto en cada uno de los otros días. Pues, si entonces le parecen solamente buenas: *Vidit Deus quod esset bonum* —¿cómo es que ahora le parecen no solo buenas, sino grandemente buenas: *valde bona*? Este *valde*, y este *grandemente*, ¿de dónde le vino? ¿Por ventura les añadió Dios en el último día alguna perfección o esmalte que antes no tuviesen? No. La luz del primer día era la misma, sin añadidura de otra cualidad; el firmamento del segundo día tenía la misma sutileza, y el mar la misma grandeza y vastedad; las plantas del tercero, ni estaban más verdes, ni más floridas, ni más cargadas de frutos; el sol, la luna y las estrellas del cuarto no resplandecían ahora más; los peces y las aves del quinto, ni estaban armados de más plateadas escamas, ni vestidas de más pintadas plumas; finalmente, los animales terrestres ni habían recibido nuevas formas, ni mayores fuerzas, ni más ingeniosas habilidades. Pues, si todas estas criaturas eran las mismas, y con la misma bondad que antes, ¿por qué razón a los ojos de Dios, que no se ciegan ni engañan, antes solo parecían buenas y ahora grandemente buenas: *Valde bona*? Si no tenían nada de más, ¿de dónde se les añadió este *grandemente*?

Es que antes fueron vistas cada una por sí: ahora estaban todas juntas. El mismo San Agustín: *Cum de singulis ageret, dicebat tantum: Vidit Deus quia bonum est: cum autem de omnibus diceretur, parum fuit dicere bona, nisi adderetur: Et valde*³³: Cuando Dios miraba a cada una de sus obras por sí, solamente la loaba por buena; pero cuando las vio todas juntas, no las llamó solo buenas, sino grandemente buenas — porque le daría menor aprobación de lo que merecían si al loor de “buenas” no añadiese el de “grandemente”. Y si preguntamos al gran

³² Gen. 1,31.

³³ San Agustín, in Quæstionibus sup. Genes.

doctor de dónde le vino este “grandemente” si no habían recibido nada de más, responde que de la unión: *Tanta est vis et potentia integritatis et unitatis, ut quæ bona sunt, tunc multum etiam placeant cum in universum aliquod conveniunt, atque concurrunt*: Porque es tal la fuerza y virtud de la unión, que las mismas cosas que divididas son buenas, si se juntan y unen entre sí, para componer algún todo, ese todo, sin añadir mayor bondad a las partes, queda mucho mejor que cada una de ellas. — Por eso, cuando están divididas, son solo buenas: *Vidit quod esset bonum* — pero, cuando están juntas, son grandemente buenas: *Et erant valde bona*. Tal es el todo del Rosario, compuesto de los misterios de Cristo, comparado con cada uno de ellos. Cada uno de los misterios — que son las partes de que se compone este todo— es tan divina e infinitamente perfecto que no admite mayor perfección; pero fue tal el artificio de la Virgen, Señora nuestra, en esta maravillosa fábrica, que donde no cabía “más” supo introducir “grandemente”. Divididos los mismos misterios, no cabía el “más” en la perfección de cada uno; pero, juntos y unidos entre sí, como están en el Rosario, cupo el “grandemente” en la unión de todos. Cada uno por sí: *Vidit Deus quod esset bonum*; todos juntos, aún en los ojos de Dios: *Erant valde bona*.

Santo Tomás, declarando teológicamente este ver y aprobar de Dios: *Vidit Deus quod esset bonum* —dice que significa la complacencia divina en cada una de sus obras según la perfección de las mismas. Y así como esta complacencia y agrado de Dios es proporcionado a la perfección de cada una de sus criaturas, del mismo modo, pero en grado infinitamente superior, se agrada de cada uno de los misterios y soberanas acciones de su Hijo. Esto quiso significar en el misterio de la Transfiguración la voz del Padre, diciendo: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui*³⁴. Pero si a la vista de un solo misterio de Cristo la complacencia divina dice *mihi bene complacui*, síguese que a la vista y representación de todos juntos no solo ha de decir *bene*, sino *valde bene*: Y ésta es la complacencia y agrado —o se llame mayor, o mucho— con que Dios acepta de nuestra memoria y afecto la meditación de los mismos misterios cuando se los ofrecemos juntos en el

³⁴ Este es mi querido Hijo en quien tengo todas mi complacencias (Mt. 17,5).

Rosario. Y para que un privilegio tan sublime de este mismo ofrecimiento no quedase, dudoso, en la conjetura de nuestro discurso solamente, el mismo Dios se dignó declararlo así, y nos exhorta a que le hagamos este obsequio en el Rosario no solo con la declaración de *bueno*, como en cada una de las obras de la creación, sino de *bueno y grandemente bueno*, como en la unión de todas. Es texto milagroso.

En el capítulo trigésimo nono del Eclesiástico dice así el Espíritu Santo: *Obaudite me divini fructus: et quasi rosa plantata super rivos aquarum fructificate. Quasi Libanus odorem suavitatis habete. Florete flores quasi lilium; et date odorem, et frondete in gratiam; et collaudate canticum, et benedicite Dominum in operibus suis. Date nomini ejus magnificentiam, et confitemini illi in voce labiorum vestrorum, et in canticis labiorum, et citharis; et sic dicetis in confessione: Opera Domini universa bona valde*³⁵. El texto es dilatado, pero no se podía decir todo en pocas palabras. En suma, exhorta Dios a los hombres a la devoción del Rosario con el mismo nombre de rosa: *Quasi rosa plantata super rivos aquarum fructificate*. Y no solo exhorta, sino que manda por obediencia: *Obaudite me*. Luego, pasando a los misterios que el Rosario comprende y medita, siendo la rosa una sola flor, dice que ellos han de ser muchos, igualando en la variedad y en el aroma los de todo el monte Líbano, famoso por los huertos de Salomón: *Quasi Libanus odorem suavitatis habete*. Y para que no se dudase que estos misterios son de Cristo, el cual entre las flores tomó el nombre de lirio: *Ego flos campi et lilium convallium*³⁶, declara que la gracia y fragancia de este lirio es la que han de exhalar las rosas: *Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam*. Finalmente, porque el Rosario no solo consta de misterios meditados, sino de oraciones pronunciadas con la boca, dos veces hace mención de ellas: una vez: *Collaudate canticum, et benedicite Dominum*; y otra vez: *Confitemini illi in voce labiorum vestrorum*. ¿Y de todo esto qué conclusión saca o nos manda sacar el

³⁵ Escuchadme vosotros que sois prosapia de Dios, y brotad como rosales plantados junto a las corrientes de la aguas. Esparcid suaves olores, como en el Líbano. Floreced como azucenas; despedid fragancia, y echad graciosas ramas, y entonad cánticos de alabanza, y bendecid al Señor en sus obras. Engrandeced su Nombre, y alabadlo con la voz de vuestros labios, y con cánticos de vuestra lengua, y al son de las cítaras; y diréis así en loor suyo: Todas las obras del señor son extremadamente buenas (Eclo. 39,17-21).

³⁶ Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Cant. 2,1).

texto? Con razón lo llamé milagroso, porque es admirable al intento: *Sic dicetis in confessione: opera Domini universa bona valde*: Habéis de confesar y decir a Dios —como se dice de él, cuando vio juntamente todo lo que tenía creado— que todas sus obras, no solo son buenas, sino extremadamente buenas: *Universa bona valde*.

Todos los expositores, y la misma Sagrada Biblia en el margen, notan que estas son las mismas palabras que se dicen de Dios después de la creación del mundo, cuando miró y vio juntas todas las cosas que tenía creado. Ahora bien, si ahora habla tan claramente del Rosario —como también han advertido algunos autores³⁷— ¿por qué dice que en el Rosario hemos de hacer tal concepto del juicio y complacencia de Dios cual él lo tuvo en las obras de la creación? Porque así como Dios en las obras de la creación tuvo mayor complacencia, y se agradó más de todas juntas que de cada una por sí sin haber en ellas de nuevo más que la unión, así en la creación del Rosario, obra de su Santísima Madre —aunque cada uno de los misterios sea perfectísimo en sí, antes bien infinitamente perfecto— unidos, empero, y juntos delante de los ojos divinos, la misma unión, que no puede dar más a cada uno, potenció mucho a todos. Cada uno por su propia bondad es infinitamente bueno, pero todos juntos, por estar juntos, no solo son buenos, sino extremadamente buenos: *Universa bona valde*. Juzgue ahora, ya la rigurosa censura, ya, cuando menos la devoción y la piedad, si fue más admirable Madre la Virgen en este segundo parto en que unió todos los misterios del Verbo Encarnado, o en la Encarnación del primero. Decía en buena filosofía Séneca que solo merece el nombre de perfecta hermosura aquella que, siendo admirable cada una de las partes de que se compone, gana admiración por su faz total: *Cujus universa facies admirationem singulis partibus ademit*. Admirable fue aquel primer misterio y admirable cada uno de los que a él se siguieron en toda la vida de Cristo; pero la unión de todos estos misterios juntos, sin añadir nada a cada uno, fue tan multiplicadamente admirable en el mismo todo que de ellos se compuso, que si no quitó admiración a cada una de las partes, al menos por multiplicada las sobrepujo. Y esto basta —si no sobra— para

³⁷ Apud Cornelium ibi.

que, también en esta circunstancia, la Autora de este soberano invento y la Madre de este nuevo parto fuese en él más admirable.

VII

De esta unión de los misterios de Cristo en el Rosario se sigue la quinta diferencia o prerrogativa, que es la de la mayor eficacia con que obra en nosotros los excelentes efectos para los cuales fue instituido. Ya es de experiencia popular aquel antiguo axioma de la filosofía según el cual la virtud de las mismas causas, aunque iguales, unida obra más fuertemente. Tan fuego es una chispa como un incendio; pero una chispa no puede quemar una piedra: un incendio abrasa ciudades enteras —y uno, al final, ha de abrasar todo el mundo. Lo mismo sucede por nuestra dureza ante los misterios de Cristo según estén separados cada uno por sí, o juntos como en el Rosario.

Es prueba singular de esta eficacia un texto célebre de los Cantares, muchas veces ponderado, aunque puedo decir confiadamente que nunca hasta ahora bastante entendido. *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi; enter ubera mea commorabitur*³⁸: Mi Amado —dice el alma santa— es un ramillete, o un hacecillo de mirra, que yo siempre he de traer entre mis pechos. —Este Amado es aquel que debe serlo con exclusividad: Cristo, Señor y único bien nuestro. Compárase a la mirra, preservativa de la corrupción de la muerte, porque la inmortalidad que perdemos por el primer Adán la recuperamos por el segundo. ¿Pero por qué la Esposa no compara a su Amado simplemente a la mirra, sino a un ramillete o hacecillo de la misma? El ramillete se compone de muchas flores, y el haz de muchos leños atados: y en ese atado consiste la energía de la comparación, como expresan los dos originales, hebraico y griego, diciendo: *alligamentum myrrhæ*. Pues, si Cristo es único e indivisible, ¿qué ató a la Esposa en él, o de qué compuso este atado suyo? No hay duda que de los misterios del mismo Cristo, quien en ellos, siendo uno, se considera como muchos. Cristo encarnado, Cristo nacido, Cristo muerto, Cristo resucitado, y así de los otros misterios. Y la razón por la cual la Esposa los ató y juntó, es porque la mirra —dice

³⁸ Cant. 1,12.

Orígenes— aunque dividida tenga el mismo aroma y virtud, unida obra más fuertemente y con mayor eficacia: *Non diffusam, neque ut libet dispersam, sed colligatam et constrictam, quo scilicet odor suus densior reddatur, et vehementior*³⁹. Así también cada misterio de Cristo, o Cristo en cada misterio, tiene la misma e igual virtud; pero unida esa virtud, y unidos esos misterios, como están en el Rosario, sin ser mayor la virtud de cada uno estando divididos, es mucho la fuerza de todos juntos para rendir y penetrar corazones.

El mismo Cristo dice por Isaías que Él es la saeta afilada que Dios metió en su aljaba: *Posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua abscondit me*⁴⁰. De manera que no es Cristo el que nos arroja las saetas, sino que Él es la saeta que Dios nos arroja. ¿Y en la aljaba de Dios no hay más que una saeta afilada? Sí, pero tantas veces multiplicada y de tantos modos armada, cuantos son los misterios de la vida, de la muerte y de la resurrección del mismo Cristo. En los misterios Gozosos, armada de blandura, en los Dolorosos armada de temor, en los Gloriosos armada de esperanza. Así, pues, cuando consideramos cada uno de estos misterios divididos, Dios nos toca saeta a saeta, y por eso le resistimos; pero si los consideramos juntos, bien y verdaderamente, como están en el Rosario, entonces no hay corazón que resista, porque descarga Dios en él toda la aljaba: *Sagittas meas complebo in eis*⁴¹.

Y si buscamos la razón de esta eficacia, los tres Padres de Teodoreto la dieron, suscitando y respondiendo a la misma cuestión de la mirra, no desunida, sino junta: *Quid est quod dilectum suum sponsa, non myrrham, sed fasciculum myrrhæ nominat nisi quod dum sancta mens Christi vitam ex omni parte considerat, contra omnia vitia ex ejus imitatione repugnantes virtutes congregat*: La razón por la cual la Esposa comparó a Cristo a la mirra, no desunida y suelta, sino atada, fue porque considerando el alma, la vida y misterios de Cristo, no divididos y por partes, sino todos juntos, no hay ninguna virtud que no pueda hallar en ellos para imitar, sino que las halla todas y en grado

³⁹ Orígenes in comment. hujus loci.

⁴⁰ E hizo de mí como una saeta bien afilada, y me ha tenido guardado dentro de su aljaba (Is. 49,2).

⁴¹ Emplearé en ellos todas mis saetas (Dt. 32, 23).

perfectísimo, para impugnar y vencer todos los vicios que nos son contrarios. Así lo definió el triunvirato de los Padres Griegos, con tan amplio como sólido fundamento. ¿Y cuál es? La Teología lo enseña. Porque aunque Cristo desde el instante de su concepción tuvo todas las virtudes infusas en grado perfectísimo y heroico, no tuvo, con todo, el ejercicio y los actos de todas en todos los pasos y misterios de su vida, sino aquellas que eran convenientes y proporcionadas a los mismos misterios. Luego, para que nuestra imitación tuviese en Cristo un ejemplar común y adecuado, o un ejemplo universal de todas las virtudes y sus actos, no bastaba un solo misterio, o cada uno de ellos solamente, sino todos juntos. Esto es: *Dum Christi vitam ex omni parte considerat, contra omnia vitia ex ejus imitatione repugnantes virtutes congregat*. Nótese mucho las palabras: *Christi vitam ex omni parte*. No bastaba considerar la vida de Cristo en una sola parte, o en un solo misterio, sino en todas las partes, y en todos los misterios: *ex omni parte* —y por eso la Esposa los juntó todos en su Rosario.

Y digo en su Rosario, porque eso quiere decir: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*⁴². Bien sé que no lo dijeron los más diligentes expositores de este texto, debiendo reparar mucho en una gran dificultad del mismo. La mirra, como dice Plinio y los otros autores de la Historia Natural, consiste en gotas odoríferas que en Arabia el árbol del mismo nombre destila espontáneamente o emite si es picado. Por eso los Setenta Intérpretes en lugar de *fasciculus myrrhæ*, vertieron, *alligamentum guttæ*. Ahora bien, si la mirra eran gotas, ¿cómo se podía hacer de gotas este hacecillo o este atado: *alligamentum*? ¿Pueden por ventura atarse las gotas? Parece que no. Y si acaso pueden, ¿de qué modo? Yo lo diré. Las gotas, una vez congeladas y solidificadas, como lo estaban aquellas, puédense atar enfilándose, como se enfilan las cuentas del Rosario. Éste es pues el modo como la Esposa decía que había de atar las gotas de la mirra: *alligamentum myrrhæ*; y así como las mujeres católicas echan el Rosario al cuello y lo traen entre los pechos, así decía ella que había de hacer: *Inter ubera mea commorabitur*.

⁴² Manojito de mirra es para mí el amado mío: entre mis pechos quedará (Cant. 1,12).

De esta forma explicaba yo la dificultad de este texto vulgar, no sin recelo de la novedad, cuando fui a hallar que el pensamiento no era nuevo, ni mío, sino del gran San Gregorio Niceno, en su homilía tercera sobre los Cantares: *Fraternus meus est alligamentum guttæ, quod e collo suspendo supra pectus*⁴³: Mi Amado es un atado o enlace de gotas de mirra, el cual, pendiente del cuello, traigo sobre el pecho. —¿Puede haber explicación más natural, más propia y más expresa? No. Y el ejemplo y los ejemplos la confirman mucho más. También el bálsamo y el ámbar son gotas destiladas de las árboles, y así como de uno y otro se hacen Rosario, así hizo su Esposa de las gotas de la mirra. Ahora bien, si este era su Rosario, ¿cómo dice la misma Esposa que este mismo Rosario es su Amado: *Fasciculus myrrhæ, alligamentum guttæ, dilectus meus mihi*? Solo esto faltaba a su elegancia para cerrar con llave de oro el concepto. Su Amado es Cristo, y dice que su Rosario es su mismo Amado, porque el Rosario, y toda la materia del Rosario, no es otra sino el mismo Cristo. Cristo multiplicado en sus misterios, y los misterios de Cristo ordenados en el Rosario.

VIII

De aquí se sigue la última excelencia o maravilla por la cual la Virgen, Señora nuestra, fue más admirable en el parto del Rosario que en el de la Encarnación del Verbo. ¿Y por qué? Porque el misterio de la Encarnación, siendo un solo, no podía tener división ni orden; empero, a los misterios del mismo Cristo —multiplicados en el Rosario como en él están repartidos y ordenados— esta misma disposición y orden los arma de mayores fuerzas y de mayor y más invencible poder contra nuestros enemigos. Aún estamos en los Cantares de Salomón, donde la principal Esposa es la Virgen María, la cual, hablando del mismo Amado —que para todos es Cristo— dice así: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis, et lilia colligat*⁴⁴: A su huerto hubo de bajar mi Amado, al plantío de las yerbas aromáticas, para en los vergeles recrearse o apacentarse del aroma, y recoger rosas. —

⁴³ San Gregorio de Nisa, *Homilía 3*.

⁴⁴ Cant. 6,1.

Rosas es lo que quiere decir la palabra *lilia*, como en otra parte probamos largamente. Ahora bien, si el Amado bajó a un solo huerto: *Descendit in hortum suum* —¿cómo dice la Señora que fue a recoger rosas en los huertos: *Ut pascatur in hortis, et Lilia colligat?* ¿Eran un huerto, y muchos huertos? Sí, dice San Gregorio, de quien es el reparo. Y dan la razón literal Símaco y Paguino, traduciendo *areolas et lineas sulcorum*, porque el mismo huerto por sus líneas estaba repartido en diversas cuadras, y cada una de ellas en otras menores, con proporcionada correspondencia y orden. Así había de ser, pues tal era el huerto de las rosas según el diseño y arte con que la Señora trazó su Rosario, con tantas reparticiones y divisiones, tan medidas y ajustadas todas. Y por eso el Amado en un solo huerto, cual es el Rosario, halló, sin implicación, muchos huertos en que pasear y recrearse, y de todos recoger rosas: *Descendit in hortum suum, ut pascatur in hortis, et lilia colligat*.

Vio, pues, Cristo estos huertos de rosas reducidos a un solo huerto del Rosario, pudiéndose entonces decir del mismo Señor con mucha propiedad: *Cunctaque miratur, quibus est mirabilis ipse*⁴⁵ —porque en el huerto, en cuanto uno, se veía enteramente a sí mismo, y en los huertos, en cuanto muchos, se veía también dividido en todos sus misterios. Loó la idea y la obra, y de la misma idea y de la misma obra formó los loores de su soberana Autora y los declaró con dos nombres y comparaciones notables: la primera, de hermosa como la ciudad de Jerusalén: *Decora sicut Jerusalem*; la segunda, de terrible como un ejército formado en batalla: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*⁴⁶. La comparación de un huerto con una ciudad, y una tal como Jerusalén, no tiene difícil aplicación, como quiera que Salomón, cuya es, la entendiese mejor. Los corredores o paseos del huerto son las calles; las cuadras valladas de murtas, los palacios; los cipreses, las torres o pirámides; los vacíos con las fuentes en el medio, los patios; la repartición de los plantíos, los aposentos, y los moradores, las flores. Todo esto para la vista de la paz, que eso quiere decir Jerusalén: *Visio pacis*. Ahora bien,

⁴⁵ Admira todo lo que lo vuelve admirable. Ovidius in Narcis. Het. lib. III, 424.

⁴⁶ Cant. 6,3.

para la campaña y para la guerra, ¿qué semejanza tiene un huerto con un ejército? El huerto del Rosario, de que se hablaba, mucha. No solo porque es huerto de rosas, que son flores armadas, como dijo Boecio: *Armat spina rosam*, sino por la división, proporción, disposición y orden de que está compuesto. La fuerza de un ejército, como enseña Vegetio y consta de la experiencia, no consiste tanto en la multitud de los soldados cuanto en la buena repartición de las armas y de los combatientes y en la disposición y orden de todo aquel cuerpo militar y guerrero, el cual desordenado, desunido y roto, es fácilmente vencido; empero, compuesto, ordenado y unido, es fuerte, impenetrable e invencible. Tal es la forma regular y perfecta de un Rosario, repartido primero en tres tercios, cada tercio en cinco escuadrones, cada escuadrón en sus fileras, cada filera en una decuria con su cabo, y todo junto con tal disposición, y tal orden, y proporción de números, que no puede darse ni imaginarse mayor. Y porque esta distinción y orden no puede darse en un solo misterio, cual es el de la Encarnación, por eso fue más admirable la Virgen en el parto de su Rosario que en el de la Encarnación del Verbo. No soy yo el que el digo, sino los que vieron y notaron la diferencia, y, como más admirable, la admiraron.

Vieron los ángeles caminar a la Virgen, Señora nuestra, o marchar con este su ejército del Rosario y, admirados, decían entre sí: *Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata*⁴⁷? Estas últimas palabras son las mismas del Esposo, repetidas por los ángeles. Y que hablen de la Virgen María en cuanto Señora del Rosario, ellos mismos lo dicen, distinguiendo la división y repartición de los Tercios y la diferencia de los misterios por su propio orden. Por eso comparan a la Señora primero a la aurora, después a la luna, y por último al sol. En los primeros misterios, y Gozosos, fue la Virgen como Aurora, de la cual nació el verdadero sol, Cristo; en los segundos, y Dolorosos, fue como Luna, llena de los dolores y eclipses de su Pasión; en los terceros, y Gloriosos, fue como el Sol, porque en los resplandores de la misma gloria

⁴⁷ ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla? (Cant. 6,9)?

sobrepujo la de todos los bienaventurados. Pero en toda la consideración de estos misterios, ¿qué es lo que admiran los ángeles, cuando preguntan admirados: *Quæ est ista?* Notad ahora, y notad mucho, porque el reparo es digno de toda ponderación. No admiran el principio de los mismos misterios, sino el progreso de ellos: por eso dicen: *Quæ est ista quæ progreditur?* ¿Y cuál fue el principio, y cuáles los progresos de todos estos misterios? El principio fue el primer misterio, en que la Señora, como aurora, concibió y dio a luz el Verbo; los progresos fueron todos los otros misterios de la vida, muerte y resurrección del mismo Cristo, de los cuales, y no solo del primero, se compuso, distinguió y ordenó el Rosario. Y estos progresos, así distinguidos y ordenados, son los que los ángeles admiran en la Virgen María, cuando dicen admirados: *Quæ est ista quæ progreditur?* —porque entendieron que más admirable fue la Señora en el parto en que dio a luz el Rosario, que en el del mismo Verbo.

¿Y se detuvo aquí la admiración de los espíritus angélicos? No, porque aún restaban los efectos y poderes del mismo Rosario, como ejército bien ordenado, formidable y terrible contra los enemigos. Los enemigos de nuestra alma, que también se pudieran llamar del cuerpo, son tres: el mundo, la carne, el demonio. Y ved como los tres tercios del Rosario en este ejército bien ordenado se ordenan fuerte y poderosamente contra ellos. Fueron estos tres enemigos figurados en los tres capitanes, cada uno de cincuenta soldados, que el pérfido rey Ocosías mandó armados contra el profeta Elías, sobre dos de los cuales él hizo descender fuego del Cielo, que los abrasó, y a todos los suyos, diciendo: *Si homo Dei sum, descendat ignis de cælo, et devoret te, et quinquaginta tuas*⁴⁸: Si soy hombre de Dios, como tu me llamas, descienda fuego del Cielo, que te abraze a ti y a tus cincuenta. —Contra estos tres enemigos, pues, igualando número a número, ordenó la Señora los tres tercios de su Rosario, compuesto también de cincuenta, como otros tantos rayos, no solo para abrasar dos de ellos como el hombre de Dios, sino todos los tres, como Madre de Dios. Los misterios Gozosos están ordenados contra el mundo, porque la humildad de Nazareth, la

⁴⁸ 4 Rs. 1,10.

aspereza de las montañas, el desamparo de Belén, la pobreza de las ofertas en el Templo, y el cuidado ansioso por el Niño Dios perdido, ¿qué otra cosa contrarían y confunden sino las soberbias, las vanidades, el lujo y pompas del mundo, con perpetuo descuido de perder a Dios, y sin dolor de haberlo perdido? Los misterios Dolorosos están ordenados contra la carne, porque los sudores de sangre en el Huerto, los azotes contados a millares en el pretorio, la púrpura vil y corona de espinas, el peso de la cruz, los clavos, la hiel y la muerte en ella, ¿qué otra cosa contrarían y abominan, sino los gustos, los regalos, las delicias e intemperancias de la carne, enemiga de la mortificación de los sentidos, y totalmente olvidada de la penitencia? Finalmente, los misterios Gloriosos están ordenados contra el demonio, porque la resurrección y ascensión del Hijo de Dios, el trono que tiene a la diestra del Padre, y la asunción y coronación de su Madre sobre todas las jerarquías, ¿qué otra cosa contrarían, y están fulminando desde el Cielo, sino al demonio, que cayó por un solo pecado, y las tentaciones de pecar, con que nos incita y engaña a que, por un momento de apetito, perdamos también, como él, la eternidad de la gloria? Así es terrible y formidable al mundo, carne y demonio el ejército del Rosario, y así distinguió y ordenó su Soberana autora del mismo todos los misterios de la divinidad y humanidad de su Hijo, repartidos y opuestos frente a frente, contra el poder siempre fuerte y armado de los tres enemigos comunes. Y porque esta repartición y orden, como he dicho, no cabía en un solo misterio, cual fue el de la Encarnación, por eso, a juicio de los mismos ángeles, fue más admirable el parto del Rosario, concebido en la mente de la Virgen, que el del mismo Verbo Eterno, concebido en su sacratísimo vientre: *Beatus venter qui te portavit*.

IX

He concluido, si no me engaño, y he hecho probable lo que parecía imposible, y claro y manifiesto lo que se representaba difícil en mi argumento. De aquí quisiera, por fin, que no contentos con meras admiraciones saquemos también doctrina y ejemplo. Si el orden y la disposición del Rosario para los ángeles es admirable, para nosotros sea

terrible: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*⁴⁹. Con tal orden dispuso la Madre de Dios los tres tercios de este su ejército del Rosario, que en la vanguardia puso los Gozosos, en la batalla los Dolorosos, y en la retaguardia los Gloriosos, para que entendamos que todos los gustos vienen a parar en penas, y que solo después de las penas se siguen las glorias. ¡Oh, que terrible orden y que asustadora consideración! Si los gustos purísimos y santísimos del Hijo de Dios y de su Madre vienen a parar en esta vida en penas y dolores, y si la gloria que era propia del Hijo y tan merecida de la Madre, no la alcanzan en la otra vida sino después de tantos dolores y tormentos, ¿qué tendrán deparado, o qué podrán esperar los que tanto huyen de las penas, y con tanta ansia buscan solo los gustos falsos y glorias vanas de este mundo?

Virgen Santísima, Madre siempre admirable, una vez Madre admirable en el parto del Verbo, quince veces Madre admirable en el parto del Rosario, y Madre admirable sin cálculo en las maravillas que obras y mercedes que haces a los que en él y con él te veneran y sirven, alumbras, Madre admirable, la admirable ceguera, deshaz el admirable engaño, despierta el admirable descuido y olvido de la salvación, y resucita la fe muerta en que vivimos. Siendo tantos los títulos por los cuales el nombre de Madre admirable te es debido, aún te he de alegar otro más admirable. Si eres Madre admirable por Madre de Dios, mucho más lo eres porque, siendo Madre de Dios, no desdeñas ser Madre de pecadores. No sean pues parte nuestros pecados —¡oh Madre más que admirable!— para que apartes de ellos tus misericordiosos ojos. Alcánzanos para los pasados perdón, para los presentes arrepentimiento, y para los futuros preservación y cautela, de tal modo que, perseverando en la gracia de tu Hijo, te merezcamos ver con él eternamente en el Cielo, donde lo loemos, y te loemos sin fin en la perpetua admiración de la gloria suya y tuya. Amén.

<http://www.cce.ufsc.br/~nupill/literatura/BT2803068.html>

⁴⁹ Terrible como un ejército formado en batalla (Cant. 6, 9).